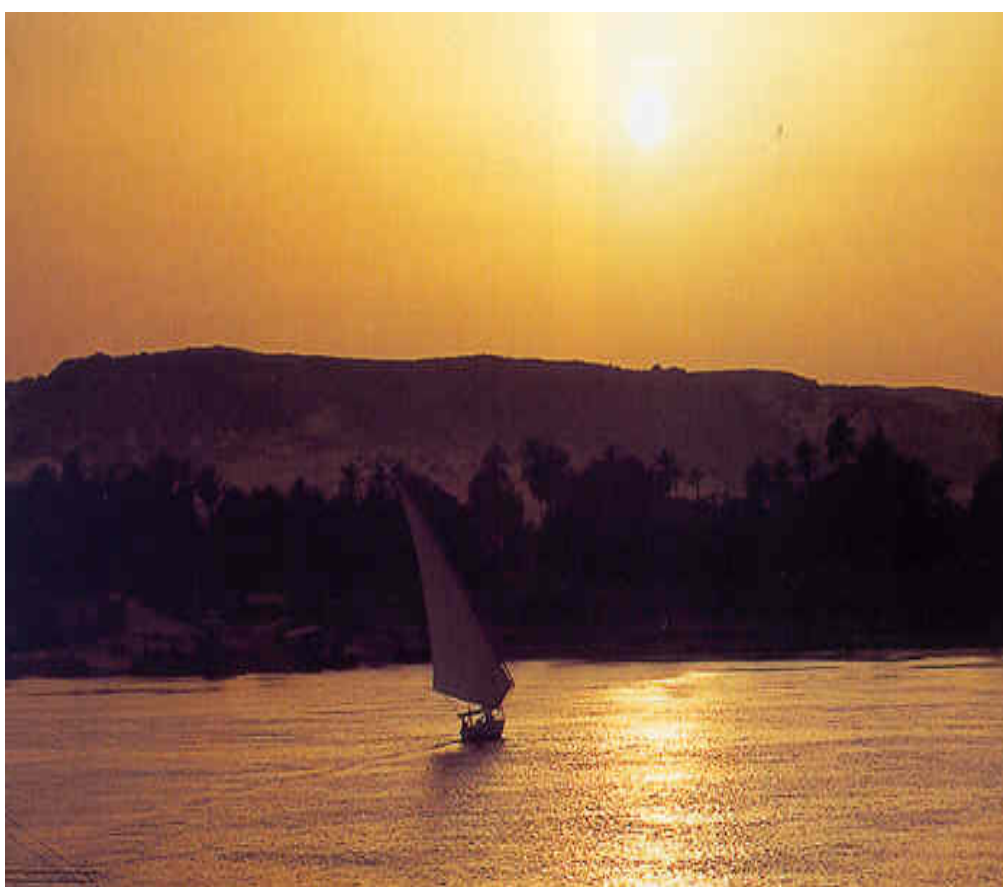


Elisa Castel

LA COSMOGONÍA Y LA ENÉADA HELIOPOLITANA



Versión original extraída de: <http://www.egiptologia.org/>



ÍNDICE

- 1.- Introducción, *página 4.***
- 2.- Cosmogonia: Conceptos Generales, *página 5.***
- 3.- Horus y el Sol, *página 10.***
- 4.- La Materialización del Poder de Heliópolis, *página 16.***
- 5.- Los “Textos de las Pirámides”, *página 19.***
- 6.- La Enéada Como Unidad Diversificada, *página 21.***
- 7.- La Cosmogonía Heliopolitana. La Gran Enéada, *página 24.***
- 8.- La Leyenda de Heliópolis, *página 29.***
- 9.- El Nun, *página 34.***
- 10.- Atum-Ra, *página 36.***
- 11.- Shu y Tefnut, *página 40.***
- 12.- Geb y Nut, *página 43.***
- 13.- Osiris, Isis, Seth y Neftis, *página 46.***
- 14.- Pequeña Enéada de Heliópolis, *página 52.***

PALABRAS DICHAS POR EL OSIRIS N:

— “OH ATUM ¿QUÉ ES LO QUE HA OCURRIDO PARA QUE YO DEBA SER CONDUCTO A UN DESIERTO QUE NO TIENE AGUA, NI AIRE, QUE ES MUY PROFUNDO, MUY OSCURO Y PRÁCTICAMENTE ILIMITADO?”.

— “¡VIVIRÁS ALLÍ CON FELICIDAD!”, (RESPONDIÓ ATUM).

— “¡PERO NO SE PODRÁ ENCONTRAR ALLÍ NINGÚN PLACER!”. “EN ÉL PUSE GLORIFICACIÓN EN VEZ DE AGUA, AIRE Y PLACER, Y (PUSE) FELICIDAD EN VEZ DE PAN Y CERVEZA”, DIJO ATUM.

— “¿Y (PODRÉ) CONTEMPLAR TU ROSTRO?”.

— “EN EFECTO, NO SOPORTARÍA QUE ESTUVIESES NECESITADO (DE SU CONTEMPLACIÓN)”.

— “PERO ¡TODOS LOS DIOSES SE HAN RESERVADO UN LUGAR EN LA BARCA DE LOS MILLONES DE (BIENAVENTURADOS)!”.

— “SIN EMBARGO, TU LUGAR PERTENECE A TU HIJO HORUS”, RESPONDIÓ ATUM...

LIBRO DE LOS MUERTOS, CAPÍTULO 175.

1.- INTRODUCCIÓN

El período histórico-religioso que vamos a tratar abarca la Prehistoria egipcia y el Período Predinástico, momento en el que las bases religiosas egipcias se están formando.

El término empleado para designar la creación es Cosmogonía, nacido del griego (*Kosmogonía*), y designado para definir, en una de sus acepciones, a la parte de la mitología que narra el nacimiento del mundo. Es precisamente este punto el que aquí vamos estudiar y constituye una de las primeras narraciones mitológicas que conocemos en Egipto. Gracias a ellas, el clero (*Un estudio sobre el desarrollo, costumbres y cargos del clero puede encontrarse en: Castel, E.: “Los sacerdotes en el Antiguo Egipto”. Madrid 1998*), pudo explicar la creación del mundo y del cosmos, que entendían como la unión de dos fuerzas antagónicas y en continua lucha; el orden y el caos, inaugurándose de esta manera, la jerarquización divina tan necesaria para tranquilizar y explicar el sentir de un pueblo, que sin llegar a tener una mente racionalizadora como la nuestra, necesitaba una serie de mitos lógicos en los que poder fundamentarse.

2.- COSMOGONÍA: CONCEPTOS GENERALES

La cosmogonía, al igual que ocurre en casi todas las nociones religiosas del antiguo Egipto, es una narración tremendamente variable, donde a menudo aparecen mitos contradictorios que se modifican con el transcurso de su civilización. El sistema religioso se basa en la superposición de ideas, en la asimilación de personalidades divinas, etc., que, en un juego mitológico que no llegamos a comprender en detalle, jamás llega a eliminar conceptos más antiguos. Este es realmente el punto por el que presenta mayor dificultad de comprensión para nosotros.

Es de todos conocida la división del país en el Período Predinástico; en este fraccionamiento la influencia de los diversos dioses protectores de cada uno de los poblados no pasaba de ser meramente local. Según los territorios van anexionándose (sobre todo en el Bajo Egipto) y la unificación del Norte y el Sur se pone en marcha, estas tradiciones locales se funden dando origen a un texto que aglutinará las creencias religiosas más influyentes, los “Textos de las Pirámides”, nacidos de la inquietud por establecer una categoría divina y respondiendo a la toma de conciencia de su propia identidad: los pensadores egipcios saben que existen y por tanto debe existir también una fuerza superior creadora de todas las cosas. En consecuencia, sienten la necesidad de ordenar a los dioses, a los que se les ofrecía culto en sus respectivas ciudades y santuarios, de una forma práctica y coherente, conectándolos con los fenómenos naturales más misteriosos y que el egipcio no podía explicar de otra manera. Las divinidades son variantes del ser supremo, de este modo, las teorías de formación del mundo y el cosmos que estaban establecidas a lo largo del valle, quedan unificadas a través del tamiz del centro religioso principal, siendo formas de explicar el “cómo y el por qué” de un hecho concreto, una realidad con diferentes lenguajes simbólicos.

Parece lógico que estas historias mitológicas partieran del Delta, mucho más avanzado socioculturalmente que el Sur, y por lo tanto más preparado para desarrollar una casta sacerdotal que creará esta elaboración mitológica. Concepto que apartándose de las primitivas concepciones religiosas, demuestra un paso adelante en la cultura.

Los antiguos egipcios demostraron desde antiguo una tendencia a la agrupación, a la dualidad y a la simetría, patente por el hecho de que la forma

más antigua para la multiplicidad de los conceptos es el sincretismo. La fuerza creadora nacerá mediante un principio femenino y otro masculino, en cuanto a poder generativo y regenerativo, para obtener el equilibrio de esta simetría, palpable en todos los aspectos de su religión y pensamiento. Prácticamente en todos los mitos religiosos existen básicamente dos componentes que los configuran: por un lado la fuerza creadora de vida y por el otro la del universo que dividiéndose en sí mismo, se ordena para dar cuerpo al mundo y a los seres que habrán de poblar la tierra. Analizando una frase expresada en la hora II del “Libro de las Puertas”, ha dado con la fórmula clave para entender un concepto que en Egipto repetirá una y otra vez: “El padre renace en su hijo y el hijo se convierte en su propio padre” con una reciprocidad realmente sorprendente. (*Bajo la dirección de Henri-Charles Puech: Las Religiones Antiguas, Vol 1., Ed Castellano, Madrid, 1983*).

La coexistencia predinástica de conjuntos mitológicos de análoga simbología provocaba la lucha de cada núcleo humano por la preponderancia de su dios, colocándolo a la cabeza de un mito de creación, en agrupaciones familiares, ordenándolos en lo que ellos entendían que debía ser las sociedades divina y humana. El mecanismo consistió en comenzar a reunir sus deidades primero en parejas, más tarde en tríadas o en grupos de cuatro o más dioses, hasta formar Enéadas que no siempre estuvieron formadas por nueve divinidades (conocemos algunas compuestas por siete o quince dioses) relacionados entre sí y que fueron variando según el período. Ya a finales del siglo pasado Brugsch (*Brugsch, H.: Thesaurus in Scriptionum Aegyptiacarum. Leipzig 1883-84, (Reimpresión, Graz, 1968)*), menciona la existencia de hasta veintinueve descripciones de miembros de la Enéada, aunque estas nominaciones parecen no influir para la formación de los componentes de la Enéada canónica. Por tanto vemos cómo, con el transcurso del tiempo, las creencias religiosas van sufriendo una evolución pudiendo crecer y coexistir para expresar la diversidad de los componentes del orden cósmico, es decir, el plural de los plurales.

Pese a todas las consideraciones mencionadas, no disponemos de una “clave” para aseverar cual fue el motivo que desencadenó la compleja elaboración de este tratado. Apuntábamos la posibilidad de que respondiera a la necesidad de una jerarquización divina, no obstante, la idea primigenia, pudo responder a distintos hechos.

a) Justificación para eventos históricos.

b) La observación de los fenómenos de la naturaleza, que siendo un acontecimiento demasiado misterioso, requería una explicación práctica y lógica.

c) La lucha por la supremacía entre ciudades, cleros, personajes poderosos, etc., que ya ostentaban un considerable poder y que podían entenderse como las figuras de lo que más tarde será el monarca, etc.

Sin embargo, parece lógico que el concepto matriz pudiera haberse fundamentado en la idea de que la creación estaba basada en un mundo en continuo movimiento. Los egipcios, aunque entendieron el pensamiento abstracto, prefirieron darle una conexión y una localización concreta para su propia comprensión, ya que de este modo, estando los conceptos identificados y “en su sitio” el orden necesario para su mantenimiento estaba garantizado. Es más, podemos afirmar que este es el punto capital para entender la tendencia simétrica y variable, causada con frecuencia por el hecho de no tener en cuenta las modificaciones posteriores o el período histórico que se trate. El habitante del valle del Nilo entendía el cosmos como un espacio limitado, lo que le llevó a establecer un paralelismo entre ambos. Tanto en uno como en el otro la vida fluía y el renacimiento se llevaba a cabo con periodicidad, hecho que les ofrecía un sosiego esperanzador al conectarlo con la crecida del río. Este concepto vamos a verlo repetido en todos los mitos de creación.

Todas las cosmogonías locales estaban aceptadas en Egipto para entender y expresar la multiplicidad del poder creador divino, tomando como patrón a la más importante y posiblemente la más antigua: la formada en la ciudad santa de Heliópolis.

Teniendo en cuenta la multitud de concepciones cosmogónicas nacidas en el Egipto Predinástico y consolidadas en el Dinástico, conviene no olvidar que estos complejos mundos mitológicos no eran accesibles a la mayoría de la población del país, la cual entendía un concepto general y eran devotos de dioses más asequibles y populares, que podían comprender, ya que éstos respondían a sus necesidades directas. El pueblo jamás llegó a plantearse las contradicciones que presentaban algunas cosmogonías, el efecto final era mucho más importante que la causa en sí misma y los diversos mitos suponían diferentes aspectos de un hecho que había tenido lugar en la noche de los tiempos: la creación.

Los centros religiosos destacados y responsables de estos tratados fueron sin lugar a dudas Heliópolis, Hermópolis, Menfis y Tebas, teniendo cada provincia una variante local. Sólo la importancia política y un clero

poderoso favorecieron el que despuntaran sobre las demás. Sin embargo, existe un punto en común, un nexo entre las diversas cosmogonías, formado siempre a partir de elementos puntuales:

a) El “Océano Primordial”, donde se encuentra el potencial de vida (las aguas caóticas) de donde nacerán los dioses en claro paralelismo con el río Nilo. El agua será, desde la noche de los tiempos, el elemento purificador y dador de vida por excelencia.

b) La “Colina Primigenia”, donde se originó la vida como representante de las pequeñas zonas de tierra que quedaban al descubierto tras la crecida anual, lugares en los que, por la acción del sol y gracias al limo fertilizante que el río había depositado, comenzaba la vida cíclicamente.

c) El Sol, como entidad poderosa que provoca el nacimiento y desarrollo de los seres vivos.

d) Los fenómenos naturales, personificados en distintas divinidades.

En resumen, la idea es establecer una diferenciación entre el caos de los comienzos y el orden presente que siempre tendrá que ser mantenido por una cabeza visible y poderosa; el rey.

En todas las cosmogonías, un dios creador es el responsable y artífice del mundo ordenado. De este modo, incluso en un texto sapiencial del Primer Período Intermedio, “Instrucciones para el rey Merikara”, se nos menciona entre consejos y enseñanzas la creación del hombre, haciendo responsable a la divinidad solar:

...¡(Bien) gobernada está la humanidad, el ganado del dios!. Él ha hecho el cielo y la tierra para su deseo; él ha reprimido la voracidad de las aguas. Él ha creado el aliento de la vida para que vivan sus narices. Ellos son imágenes tuyas que han salido de tu carne. Él brilla en el cielo para sus corazones. Ha creado las plantas para ellos, (así como) el ganado, las aves y los peces. Ha matado a sus enemigos; ha aniquilado a sus hijos, porque pensaban en hacer rebelión. Para sus corazones hizo la luz; navega para verlos. Ha levantado una capilla alrededor de ellos. Escucha si lloran. Ha creado para ellos gobernantes, desde el huevo, comandantes que se alzarán en el dorso del débil. Para ellos ha creado la magia, como armas para reprimir el impacto de los acontecimientos, vigilando sobre ellos tanto de día como de noche. Ha matado a los traidores que había entre ellos, como golpea un hombre a su hijo a causa de su hermano. El dios conoce a todos los hombres...”.

(Serrano Delgado, J. M.: Textos para la historia antigua de Egipto. Madrid 1993 p. 94. Otra traducción al castellano del mismo texto, se encuentra en: Levóque Jean. Sabidurías del Antiguo Egipto. Ed. castellano, Estella (Navarra) 1984. pp.27-28... Bien dotados están los hombres que son el rebaño del dios. El hizo el cielo y la tierra en favor de ellos y rechazó al monstruo de las aguas. Hizo el aire, que es vida para sus narices; pues ellos son imágenes suyas, ya que han salido de su carne. Brilla en el cielo en provecho de su corazón, hizo por ellos las plantas y los animales, las aves y los peces, para alimentarles. Pero mató a sus enemigos y castigó a sus propios hijos, porque proyectaban rebelarse contra él. Hizo la luz del cielo en provecho de su corazón y navega a vela para verlos. Erigió alrededor de ellos una capilla; y cuando lloran, les escucha. Estableció para ellos soberanos legítimos, sostén para aliviar la espalda del débil. Hizo para ellos la magia como arma para prevenir lo que puede acontecer, y el sueño, tanto de noche como de día. Mató entre ellos a los indóciles, lo mismo que un hombre golpea a su hijo o a su hermano. Porque el dios conoce cada nombre...).

Aunque como se aprecia en este ejemplo, en los textos no se explica el orden de la evolución. El dios primordial, es el responsable de hombres, dioses y de todo lo necesario para la vida.

El mismo mecanismo se llevará a cabo con los otros dioses que se integran en el rol del dios creador. De este modo, por ejemplo, en los “Textos de los Sarcófagos” (Fórmula, 1130), encontramos bien especificadas las fases de creación, pero esta vez situando como protagonista al dios Jnum.

3.- HORUS Y EL SOL

Como punto de partida para entender la cosmogonía heliopolitana, debemos comenzar haciendo un estudio breve del dios Horus “El Distante” (ver imagen), una de las divinidades de culto más antiguo en Egipto con mayor número de hipóstasis.

La existencia durante el Predinástico de un número elevado de divinidades con forma de halcón, pudo responder a la observación del halcón peregrino en los cielos egipcios. Esta ave destacable por la majestuosidad de su vuelo y por su aparente cercanía con el sol, fue considerada una divinidad y adorada en diversos lugares bajo diferentes epítetos, convirtiéndose en el dios principal a partir del Guerezense o Nagada II. Bajo la Dinastía II sufre una lenta pero eficaz asimilación hasta llegar a confundirse por medio del mito y la magia con la divinidad solar bajo el aspecto de Horajty, fenómeno que le facultó para ascender de rango al ser fusionado con el creador Atum, que a partir de este momento asume elementos que pertenecían al mito horiano. El gran número de dioses halcón y las luchas predinásticas hicieron que éstos fueran fundiéndose y que en las distintas variantes locales se diferenciaron por el aspecto que cumplía el dios y el “título” que llevaba tras su nombre, existiendo entre ellos numerosos puntos en común.



Situarle en un lugar de origen es comprometido, debido a la profusión de dioses Horus corno ya hemos apuntado, sin embargo podemos aseverar que el Horus más antiguo procede del Norte del país. Se han barajado centros de culto tanto en el Bajo (Delta Occidental) como en el Alto Egipto (en la zona de Hieracómpolis-Edfú) (Para consultar una visión sobre el origen de Horus “Señor del cielo”: M. Gilula “An Egyptian etymology of the name of Horus?”. JEA 68. 1.982), sin que el problema se clarifique. De este modo, podríamos identificar a numerosos centros tanto egipcios como otros de la periferia: Nején (donde absorbió al dios halcón Nejeny), Atribis, Punt, Arabia, Mesopotamia, Tell el-Hisn, etc.,

aunque este último podría destacarse como centro original de Horus el Viejo. En este trabajo sólo vamos a ceñirnos a aquellos que afectan a la identificación del rey como gobernador y administrador del mundo, al personaje que los textos mencionan como “creado en el mismo caos primigenio, antes de los dioses, el cielo y la tierra” (Pir §1040, §1463, §1466), es decir, cumpliendo una función sincrética: crear una justificación para el reinado del soberano como mantenedor del orden y descendiente, en unos casos, y ascendiente en otros, de los mismos dioses. De este modo, tenemos configurada la imagen de dioses completamente distintos, mencionados en los Textos de las Pirámides y frecuentemente confundidos e interconectados como aspectos de un mismo dios. Dichos aspectos son:

a) Identificación de origen solar con el halcón arcaico “Señor del Cielo”, hijo de Hathor (íntimamente relacionada con Isis) debido a su conexión con la entidad creadora que surca el cielo, cuyos ojos son el Sol y la Luna.

b) Identificación de origen osiriano con Horus “Hijo de Isis” y Osiris nacido tras la muerte de su padre, que sirve de puente y unión entre la Gran Enéada y la Pequeña Enéada de Heliópolis. Ocasionalmente, este dios de origen no solar puede estar confundido con el sol en la juventud.

c) Identificación con los dioses de la Enéada mediante el Horus hermano de Isis y Osiris, concebido de forma mágica cuando sus padres se encontraban en el seno materno de Nut.


d) Identificación de Horus con el rey.

Del mismo modo, y como explicaremos más adelante, debido a especulaciones mitológicas relacionadas con la concepción dual de los egipcios, la presencia de dos divinidades con el mismo nombre, Horus, alberga dos deidades distintas y de procedencia diferente.

Horus se encuentra implicado en el mito heliopolitano del modo siguiente:



Con el Horus “Señor del Cielo” ya tenemos configurada la imagen de una de las primeras divinidades predinásticas, presente en paletas, sellos e inscripciones de las Dinastías Tinitas. Es significativo el hecho de que uno de los nombres más antiguos del rey sea precisamente el “Nombre de Horus” o nombre “Horiano”, documentado desde

el reinado de Escorpión y de Narmer que, encerrado en un Serej,  , permanecerá en la cultura egipcia hasta el final de la civilización.

Todas las figuras de los distintos dioses Horus que encontramos en Egipto tienen una iconografía similar, aunque en ocasiones hallemos aspectos tan extraños como el de un cocodrilo bajo la personificación del dios que busca los trozos de su padre descuartizado y arrojado al Nilo. Sus formas más comunes son: la apariencia de un halcón, un hombre o un niño (Horus el Niño), que puede tener cabeza humana o de ave y llevar sobre ésta un disco solar (Horojty) o la doble corona. De igual modo existen divinidades que por su aspecto de halcón pueden confundirse (Sokar, Montu, Sopdu, Jonsu...), debiéndose acudir al texto jeroglífico para establecer su identidad, la cual, en muchos casos, comparte funciones atribuidas en un principio a alguno de los aspectos de Horus.

Como ejemplo gráfico de la gran variedad de divinidades que albergan la figura del halcón Horus, hemos considerado conveniente incluir un sencillo cuadro indicativo:

ALGUNAS DE LAS MUCHAS FORMAS DE HORUS

Haroeris.

HOR-UR.

Hr wr.



“Horus el grande” (señor de la luz y el cielo”. “El que gobierna con los dos ojos”) es el aspecto combatiente y una de las primeras formas de la divinidad. Presente en los textos de las pirámides. Hijo o esposo de Hathor o de Geb y Nut (según textos) y hermano de Osiris, Isis, Seth y Neftis sus ojos están compuestos por el sol (el derecho) y la luna (el izquierdo). Bajo la forma de Hor-Semsu, es “Horus el Viejo”, mientras que como Hor-Jenti-irti, es identificado con Atum y Shu. Pero enemigo también de los adversarios de Osiris.

Harpócrates.

HOR-PA-JARD.

hr-p(3)-hrd



“Horus el Joven” o el niño. Miembro de la enéada.

HOR-JENTI-EN-IRTY.

hr-hnty-n-irty

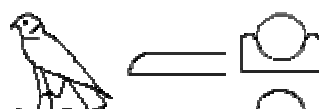


“El que gobierna sin los dos ojos” (el cielo con luna nueva o en los eclipses).

Harmajis.

HOR-EM-AJET.

hr-m-3ht



“Horus está en el horizonte” (el Sol de la mañana, imagen de Ra) de origen heliopolitano.

HOR-AJTY.

hr-3hty

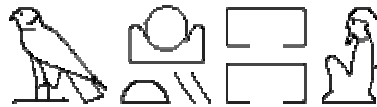


“Horus el del horizonte” dada la similitud entre este epíteto y el de Hor-em-ajet podría decirse que ambas son distintos caminos para denominar a un mismo dios.

Harendotes.

HOR-NEDY-HER-ATEF.

hr-nd-it-f



“Horus vengador de su padre” u “Horus protector” cuyo origen pudo ser Hieracópolis. Una forma del Horus de Nején.

Harsiese.

HOR-SA-ASET.

hr-s3-3st

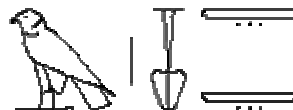


“Horus hijo de Isis” deidad osiriana nacida en la isla de Shemis, tras el asesinato su progenitor presente en los textos de las pirámides. Se confunde casi completamente con Harpócrates.

Harsomtus.

HOR-SEMA-TAUUY.

hr-sm3-t3wy



“Horus unificador de las dos tierras”.

HOR-IUN-MUTEF.

hr-iwn-mwt-f



“Horus el pilar de su madre”. Forma local de Horus Behedety.

HOR-BEHEDETY.

hr-bḥdty



“El de Behedet” una de las formas de Horus el viejo en el oeste del delta, hijo y heredero de Ra aunque no identificado completamente a él. Lucha contra los enemigos del dios solar y se le asimila a Heliópolis. Lleva el título del arponeador en numerosas ocasiones.

El primer apelativo (en minúsculas) corresponde al nombre griego por el que es conocida la divinidad.

El segundo (en mayúsculas), la transcripción del nombre original.

El tercero, la transliteración del nombre.

El cuarto, el grupo de jeroglíficos que indican la denominación del dios.

4.- LA MATERIALIZACIÓN DEL PODER DE HELIÓPOLIS




La primera evidencia física de este hecho, queda atestiguada en la figura de un peine de marfil del rey Dyet encontrado en Abidos, donde se asimila a Horus surcando el ciclo en su barca, como representante del soberano, en claro paralelismo con el sol (ver imagen). La construcción en forma tumular de algunas de las tumbas tinitas parece manifestar un intento por encerrar en los enterramientos algo del simbolismo del elemento primordial en la cosmogonía heliopolitana: el túmulo. En estos momentos el antiguo y predinástico culto al sol, cuya existencia ya ha quedado plasmada en algunas cerámicas nagadienses, comienza a despuntar y la influencia del clero heliopolitano cada vez se hace más patente. La aparición de naves enterradas junto a las tumbas ha venido interpretándose en relación con el viaje del difunto por el Más Allá acompañando al Sol. Sin embargo, la aparición de este tipo de objetos en enterramientos desde la Dinastía I puede no ser aún indicativa, aunque posteriormente se interpreten como de origen solar (Dinastía V), en este momento parecen responder a una oscura concepción estelar o a la identificación del soberano con el dios creador Horus, que pese a que empieza a sufrir una lenta asimilación con el sol, sigue siendo el dios más importante de este momento.

Desde la Dinastía II, aparecen nombres teóforos de Ra. El soberano Nebra (o Raneb) segundo rey de la Dinastía II, cuyo nombre significa “Ra es mi Señor”, es el primer rey que hace incluir el nombre del Sol en el suyo propio. Progresivamente los monarcas dejan de acogerse únicamente a la protección de la divinidad más arcaica, Horus, lo que denota una considerable influencia del clero heliopolitano. Aunque algunos autores son de la opinión de datar la cosmogonía heliopolitana en los tiempos de la unificación (Anthes), otros afirman que ésta comienza a partir de la Dinastía III (Pérez Largacha), aunque en mi opinión existen indicios suficientes para afirmar que los egipcios de períodos tempranos tenían elementos y conocimientos más que suficientes para crear las bases de esta teoría mítica.

Paulatinamente el rey también será identificado con Atum, ya que éste es el creador en el mito heliopolitano. En la Dinastía III, Imhotep, arquitecto del rey Dyeser y constructor de la pirámide escalonada de Saqqara (ver imagen), que ostentaba entre sus títulos el de “Sumo




Sacerdote de Heliópolis”, marca el inicio de lo que es el verdadero ascenso del clero heliopolitano. Las concepciones heliopolitanas influyen al culto real y se materializan en la construcción en piedra del mayor y más alto monumento erigido en aquellos tiempos, para que su soberano, enterrado bajo la primera estructura piramidal (símbolo solar por excelencia) se identifique a Ra en lugar de hacerlo con el tradicional Horus, al que continúa fundándole templos y haciendo indisoluble el culto al rey y al sol.

Dyeser será el primer soberano que hace incluir su nombre en un “cartucho”,  símbolo también del recorrido del sol durante el día y la noche.

En otro plano, y sin querer entrar en más detalles sobre la simbología religiosa de las pirámides, conviene recordar que éstas responden, entre otros conceptos, a:

- a) La sublimación del Túmulo Primordial en la cosmogonía heliopolitana.
- b) La rampa o escalera por la cual el soberano ascenderá al ciclo para acompañar al dios Ra en su barca.
- c) La petrificación de los rayos solares al llegar a la tierra.
- d) Un nexo de unión entre el cielo y la tierra.

Con el advenimiento de la Dinastía IV los soberanos toman un nuevo nombre encabezado por la titulación de “Hijo de Ra”, , en un primer intento de identificación con los dioses cosmogónicos. Este título, aun esporádico, comienza a hacerse frecuente en la Dinastía V, momento de mayor auge heliopolitano. La teología solar se convierte en doctrina oficial de los monarcas y en la necrópolis menfita comienzan a construirse templos solares a imagen del santuario del dios Ra en su ciudad. Junto a estos recintos templarios se hacen enterrar barcas cuya función en este caso es ya evidente.

Finalmente, con Unas, último rey de la dinastía, aparecen por primera vez en el Interior de su pirámide el conjunto de textos más antiguo e importante, los llamados “Textos de las Pirámides”.

5.- LOS “TEXTOS DE LAS PIRÁMIDES”

No es mi intención extenderme en este tema, que por sí solo constituye materia para más de un artículo. No obstante creo conveniente y necesario esbozar unas ideas elementales que nos ayuden a no perder el hilo conductor.

Los textos redactados durante las Dinastías III o IV con ideas predinásticas e incluso prehistóricas nos transmiten la antigua tradición oral en caracteres jeroglíficos y permanecerán en las cámaras y antecámaras de muchas de las pirámides del Reino Antiguo. Es decir, se recopilan en el interior de los enterramientos de los monarcas a partir de Unas (Dinastía V) y en algunas de las llamadas pirámides auxiliares destinadas a reinas, constituyendo una herramienta imprescindible para el estudio de la religión.

Los Textos recogen tradiciones muy dispares sin un hilo conector, un argumento continuado o un orden concreto y carecen de capítulos que nos ayuden a comprender el objetivo de cada fragmento. Los dioses se agrupan y se asimilan sin eliminarse jamás, ya que era un rasgo esencial de lo divino. Por ello, a menudo las divinidades aparecen en teorías de creación distintas sin que esto supusiera una contradicción, cambiando incluso su parentesco en función del mito local al que se quería dar preponderancia.

Parece evidente que Unas sintió la necesidad de hacerse enterrar rodeado de un conjunto de textos que acogían un número de tradiciones y divinidades de distinta procedencia que ya habían sido eficaces en la noche de los tiempos y que no le limitaban al amparo de un solo dios. Esta inseguridad religiosa es un posible indicio del declive y la inestabilidad del antiguo dogma real. El monarca es consciente de que el clero de Heliópolis está alcanzando un poder cuyas cotas comienzan a ser excesivas, haciendo un último intento por diversificar la autoridad religiosa.

Este corpus religioso, de uso exclusivamente real en sus comienzos, al final del Reino Antiguo comienza a verse influenciado por mitos de otras cosmogonías que engrosan y complican considerablemente el texto. Su utilización fue haciéndose progresivamente extensiva, primero a la familia real y más tarde a los altos funcionarios, llegando a popularizarse tras la mal llamada “democratización” acaecida en Egipto a partir del Primer Período Intermedio. Este acontecimiento provoca que en el Reino Medio la realeza abandone esta tradición que se había hecho extensiva, como ya hemos


explicado, al uso de personajes nobles que los emplean en sus enterramientos junto a los “Textos de los Sarcófagos”. De esta forma, podemos mencionar a modo de ejemplo a Senusertanj, que enterrado en la necrópolis de Senusert I en Lish, hace registrar en los muros de su tumba 576 columnas con Textos de las Pirámides.

Gracias a este legado, podemos estudiar las concepciones: estelar, solar y osiriana, ya que por primera vez disponemos de una recopilación mitológica completa que menciona tales tradiciones. De hecho, en estos pasajes encontramos una primera e importante información de la mitología heliopolitana, (*Sobre los Textos consultar: Molinero Polo, M. A.: “Los Textos de las Pirámides”. Historia 16 nº 160. Año XIV. Madrid. Castel Ronda E.: De las Pirámides a las Mastabas. AEDE 1.993. Madrid*), demostrándonos el poder que Ra llega a alcanzar. Algo similar ocurre con Osiris, que pasa de ser un pequeño dios carente de trascendencia en el Predinástico a rivalizar con Ra durante el Reino Antiguo, con el que llega a sincretizarse y asimilarse. Osiris no se incorpora a la Enéada heliopolitana desde el momento de su creación, sino que debido al enorme fervor popular y a la preponderancia de su clero fue adquiriendo importancia hasta llegar a ser incluido en ella, sirviendo de conexión entre las divinidades cósmicas y el orden político. Es decir, se le ubica en el mito de monarquía (cuyo último descendiente es el faraón), protagonizando una rama de los ascendentes del rey (encarnado en Horus). Este paso está representado artificialmente por la última generación de dioses de esta cosmogonía.

En definitiva, como ya explicábamos, encontramos unido al dios solar a dos divinidades de importancia capital: el dios Horus y el dios Osiris, los tres van a ser los pilares de la religión egipcia de aquellos tiempos.

6.- LA ENÉADA COMO UNIDAD DIVERSIFICADA

El término empleado por los griegos para designar al conjunto de deidades agrupadas en las cosmogonías es el de “Ennea”. Aunque su transcripción deba entenderse como la reunión de nueve seres o cosas diferentes y por lo tanto debiera emplearse solamente para los dioses de Heliópolis el vocablo, que hoy ha derivado en Enéada, sirvió para designar agrupaciones de más o menos divinidades.

Para los antiguos egipcios esta congregación religiosa se llamó “Pesdyet”  lo que indicaba simplemente un concepto único, es decir, un número de deidades reunidas y fundidas en Atum (en Heliópolis), sin hacer alusión a los dioses que la componen, con una particularidad: el concepto era considerado con personalidad propia y personalizado en conjunto mediante una deidad femenina en sí misma, como se desprende de la lectura de algunos pasajes de los “Textos de las Pirámides” y de los “Textos de los Sarcófagos”. *(Sobre esta cuestión consultar: Barquet, Paul. Textes des Sarcophages Egyptiens du Moyen Empire. Paris 1986. Fórmula, 75-80. En este caso los componentes de la Enéada forman parte indisoluble del dios Atum. Otra idea a tratar es la Enéada como elemento para establecer una genealogía del rey unido a la divinidad. Sobre este tema conviene consultar: Anthes, Rudolf: Egyptian Theology in the Third Millennium B. C., JNES 18 (1959) pp. 169-212).* Concretamente, en el primer caso, se refiere a ésta bajo los siguientes aspectos, según el aspecto a resaltar:

- a) Como concepto dual femenino tomado en conjunto, mencionándolas como “las dos Enéadas”.
- b) Especificando el nombre de cada una de ellas, es decir, la Pequeña (nombrada sólo una vez § 178) y la Gran Enéada.
- c) Mencionando simplemente el término Enéada.
- d) Indicando una Enéada de siete divinidades.

El alto sentido simbólico de la Enéada, en cuanto a grupo de nueve divinidades, se debe a que este sirve para expresar el plural de plurales que en este caso está referido a los dioses. Es decir, es en sí misma la suma de esta pluralidad (representada por el 3), tres veces en sí misma, la última expresión de ésta. Muchos son los ejemplos que podemos aplicar a esta fórmula, pero

para ayudar a la comprensión de este concepto vamos a ver algunas de las ocasiones donde el 3 queda registrado como número alegórico:

- a) El símbolo jeroglífico |||, para representar el plural.
- b) Tres veces un mismo ideograma es otra de las formas para escribir el plural.
- c) “Dioses” se escribe mediante la repetición del ideograma “neter”



- d) Los componentes de la tríada canónica.
- e) Las formas del dios creador Ra (ver imagen), (Jepri, Ra y Atum) en Heliópolis.



- f) Las parejas responsables de la creación en Hermópolis, entendiendo como tales, las tres que permanecen fijas a lo largo de la historia, y habiendo que añadir una cuarta variable, formada por Nia y Niat, Tenen y Tenenet o Amón y Amonet indistintamente. Estos ocho personajes provocan el nacimiento del sol, que podría incluirse como un noveno elemento, múltiplo del número 3.

g) Los elementos que entraron en acción para que el dios creador Ptah de Menfis pudiera comenzar la creación (los labios, los dientes y el corazón).

h) Las divinidades sincretizadas en muchos casos para subrayar el poder y la preponderancia de un dios (ej: Ptah-Sokar-Osiris).

i) Los teólogos de Tebas immortalizan en el himno de Leiden a Amón, Ra y Ptah, dioses que consideran aspectos de unidad divina (Amón es el nombre oculto, Ra la cara de la deidad y Ptah su cuerpo).


j) Sia, Hu y Heka, son las fuerzas más antiguas que auxilian y protegen a Ra en el acto de Creación.

k) En la iconografía, las formas de representar a las almas de los antepasados reales (almas de Pe y Nején) es mediante las figuras de tres halcones y tres chacales antropomorfos.

De este modo, podríamos seguir con una lista casi interminable de conceptos donde el número 3 aparece como símbolo mágico e imprescindible.

Con la misma estructura encontramos el 9 como múltiplo del 3, (el número de los componentes de la Enéada de Heliópolis), la sublimación de la metáfora a la que habría que añadirle un nuevo sentido: la cifra más pequeña posible antes del comienzo de un nuevo ciclo, representado por el 10... etc.

7.- LA COSMOGONÍA HELIOPOLITANA LA GRAN ENÉADA

“La Ciudad del Pilar lun” de los antiguos egipcios, llamada posiblemente así por el tótem local al que se rendía culto,  estaba situada en el XIII Nomo del Bajo Egipto. Es también la On del antiguo testamento o la metrópoli comúnmente conocida por el nombre griego de Heliópolis. Esta ciudad estaba localizada a unos 10 km., al Nordeste de El Cairo, junto al actual aeropuerto, siendo por excelencia la ciudad del sol y la que da nacimiento a esta cosmogonía.

Su antigua extensión, pudo cifrarse en unos 520.000 m², comprendiendo los modernos barrios de El-Matariya, Tell-EI-Hisn, El-Marg, y El Jusus y siendo una de las urbes más grandes del Egipto antiguo. De sus monumentos y santuarios muy pocos vestigios nos quedan, debido a que en el siglo pasado El Cairo se ha venido extendiendo sobre esta área, que por otra parte tiene un nivel elevado de agua freática. Sin embargo, los textos y los escasos restos que aún permanecen nos indican la devoción e importancia que esta ciudad tuvo en todos los períodos de la historia egipcia.

La ciudad tiene su origen en el Neolítico y fue adquiriendo importancia político-religiosa, en el Predinástico, llegando a convertirse en capital hasta la primera unificación estable, momento tras el cual desciende su alcance político, manteniendo el religioso hasta el fin de la civilización faraónica. La ciudad se erige como el centro teológico más importante, antiguo y tradicional de Egipto, tanto que en este lugar no existió el cargo de Nomarca en manos de personajes laicos, ya que el poderoso clero acaparaba este título para sí personificado en el Sumo Sacerdote.

Las sucesivas luchas acaecidas en el Período Predinástico entre los seguidores de Horus y los de Seth, es decir, entre Hieracópolis y Nagada (*Respecto a esta problemática, tratada tradicionalmente como acaecida en la dinastía II, conviene consultar: Pérez Largacha, Antonio: “El Nacimiento del Estado en Egipto” Aegyptiaca Complutensia II, Alcalá de Henares 1.993, 158, 167-173.*), provocó que Heliópolis fuera tomando poder y que su dios Ra se situara sobre el dios más importante hasta este momento, el halcón Horus. Un detallado estudio de la disposición divina nos faculta para afirmar

que el pensamiento de Heliópolis es un ejemplo claro de simetría y dualización, donde se pretende representar al mundo físico, dando pie, con el nacimiento de Horus, a la teogamia del faraón y a la organización de la familia humana.

Horus, relacionado con los conceptos de vida y regeneración, tiene una genealogía y posee dignidad real, por lo tanto, el soberano será un Horus viviente y el directo descendiente del sol, mientras que al morir se transforma en Osiris (ver imagen). La necesidad de crear un nexo de unión entre el dios



creador y el rey, hace que los teólogos establezcan una línea directa entre ambos. Horus es también el padre del rey. De esta forma el soberano es el dueño del país y por consecuencia del conjunto del cosmos. Pero los teólogos heliopolitanos quisieron llegar aun más allá; el dios halcón aparece en aspectos

tan dispares como: asimilado a Atum, como hermano de la última generación de dioses, como hijo de Isis y Osiris (donde en ocasiones es sustituido por Thot). De nuevo la multiplicidad de formas está continuamente presente. Su genealogía carece de rigidez dependiendo tan sólo de la versión o el pasaje que consultemos, según la época y el lugar. Hecho que no preocupó a los teólogos cuando trataban de subrayar un aspecto de la divinidad. De cualquier modo, éste no es el único hilo conductor que se establece entre el rey y los dioses: la figura religiosa de las primeras deidades creadoras, es decir la Gran Enéada como representación del Maat o el orden cósmico establecido en los comienzos, es el patrón que seguirá el rey y su corte. El soberano es el responsable de hacer cumplir y mantener este concepto.

Heliópolis agrupa de una forma directa o indirecta y mediante la asimilación a casi todos los dioses del panteón egipcio, conectándolos a la fórmula de creación. Sólo un pequeño número quedó excluido, muy posiblemente debido a que fueran añadidos con posterioridad a la elaboración original del texto, bien por razones étnicas o políticas, o bien, a causa de la absorción más tardía de divinidades locales.

La datación específica de la cosmogonía heliopolitana es aún comprometida. Aunque creemos que los primeros cimientos nacen en el Predinástico, hay que tener en cuenta que en estos momentos en Egipto sólo existe la tradición oral y que no es hasta finales de esta etapa cuando aparece en el Delta un primer intento de escritura que no quedará finalmente

estabilizado, al menos en el terreno religioso, hasta la Dinastía V, con la aparición de los ya mencionados “Textos de las Pirámides”.

Durante los Reinos Medio y Nuevo otros textos nos ofrecen información complementaria. El “Libro de los Muertos” nos menciona la presencia de la Enéada cumpliendo el ministerio de jueces supremos del fallecido, en un juicio cuyos orígenes ya se conocen en el Reino Antiguo. En este caso la Gran Enéada es una básica y vital agrupación divina que comparte las labores cósmicas y el orden del “Más Allá”, en una estrecha conexión con el mito osiriano.

Heliópolis nos presenta los pasos progresivos para establecer el orden del cosmos sin preocuparse de los elementos del desorden en sí, algo que hará la cosmogonía Hermopolitana con más cuidado. Creada en tres fases muy diferenciadas, alrededor de Ra, posee una simbología clara y específica para cada una de ellas, dando la sensación de una estructura geométrica, que se cuida de entrelazar elementos y divinidades del Norte y del Sur (Osiris y Seth). De este modo se logra crear un nexo de unión que sirve para la legitimación de esta mitología en ambos puntos geográficos de Egipto: el Norte y el Sur. Para ello se sirven de parejas para establecer la evolución mitológica y no perder el simbolismo de lo dual, dividiendo los componentes de las mismas en divinidades pasivas y estáticas junto a divinidades activas y dinámicas, todas ellas manifestaciones de Atum. Este dios va creando proyecciones de sí mismo masculinas y femeninas con este carácter inherente. Atum, la divinidad creadora, es neutral pero posee ambas cualidades que son necesarias para poner en marcha la creación de forma autónoma. El es activo/dinámico y pasivo/estático, sin ambas propiedades difícilmente podría otorgárselas a los dioses a los que va a crear, cuya herencia nace directamente del dios. No obstante, se crea una diferenciación entre Atum y el aspecto activo del dios (Ra), el cual aparece siempre con una sola proyección, es activo/dinámico por naturaleza y ello no debe extrañarnos si tenemos en cuenta que representa la toma de conciencia en la creación. Bajo el mismo punto de vista se trata el hecho vital del acto creativo, que supone la ordenación de los elementos del mito cósmico y del monárquico, es decir los principios básicos del cosmos que comienzan con el nacimiento de la primera pareja nacida de Atum: Shu y Tefnut. (*Troy, Lana.: “The Ennead: The Collective as Goddess”, The Religion of the Ancient Egyptians. Cognitive Structures and Popular Expressions. Uppsala 1.989. El debate presentado por esta autora, es un espléndido trabajo en el que se basan muchos de los conceptos de este apartado. Clagett, M.: Ancient Egyptian Science. Vol 1.*

Tomo 1. Philadelphia 1989. pp. 279-297. Aporta interesantes ideas sobre el Sistema Heliopolitano. Sobre la modificación de la doctrina heliopolitana en períodos posteriores (Imp. Nuevo), ver “El libro de la Vaca Divina” en: Clagett, M.: Ancient Egyptian Science. Vol 2. Tomo 1. Philadelphia 1989. pp. 531-546.).

Partiendo de la división de los dioses de la Gran Enéada,



(Pir. § 1689), tendríamos:

ENTIDADES DINAMICAS “NEJEJ”

ATUM

RA

SHU

NUT

ISIS


SETH

ENTIDADES ESTATICAS “YET”

ATUM 

TEFNUT 

GEB 

OSIRIS 

NEFTIS 

El condicionamiento de esta curiosa organización, que con toda seguridad no es aleatoria, está aún en discusión, aunque parece claro que corresponde de nuevo a un proceso de dualización y a la necesidad de ambos componentes para que la creación se consolide. Por otro lado, con esta diferenciación se establecen nociones de categoría y se polarizan los elementos del nacimiento del mundo.

8.- LA LEYENDA DE HELIÓPOLIS

Dada la inexistencia de un texto continuado donde, de una forma ordenada, se nos narre la leyenda heliopolitana, vamos a hacer una abstracción en el tiempo e intentar agrupar las diversas versiones que de él existen, dándole una coherencia y una consecución lo más completa y homogénea posible.

En los “Años Oscuros” el mundo no existía, la muerte no había sido creada y el cielo, la tierra, los dioses, los hombres, y los animales aún no habían nacido. Todo se hallaba confundido en un caos amorfo y oscuro, sumido por un océano caótico donde se encontraba el potencial de vida pero sin tener consciencia de su existencia. Solamente Atum estaba diluido en él con su fuerza creadora. En un momento determinado y sin qué sepamos que lo desencadena, la mitología nos cuenta: Atum estaba diluido en el Nun donde se encontraba solo. Tornando consciencia de sí mismo gritó ¡Ven a mí!. Apareciendo Ra. Emergió una colina primordial situada en un lugar llamado “La Tierra Alta” y ubicada en el templo del Sol. Es en este emplazamiento donde aparece, por tanto, el primer trozo de materia sólida, de forma piramidal (denominada “Benben”) (*Sobre este y otros símbolos egipcios consultar: Castel, E.: Egipto, signos y símbolos de lo sagrado. Madrid 1999.*), cuyo culto fue llevado a cabo en un misterioso lugar que los textos nominan como “Hut-Benben”, (La casa del Benben). Aquí se “guardaba” la primera plasmación de la simiente del dios Atum petrificada en el océano primordial, símbolo de “El Primer Lugar”, eje del mundo, elemento con el que comienza a establecerse el orden y la inteligencia para crear a los dioses y disipar las tinieblas. Su culto pudo estar condicionado por su posible origen meteórico, algo suficientemente “mágico” como para que fuera considerado un elemento divino y primordial.

Atum cuyos títulos demuestran su autosuficiencia (“El que se creó a sí mismo” o “El gran Él y Ella”) al tomar conocimiento de su existencia puso en marcha la creación que, dependiendo de los textos, varía en su forma. Por tanto, en las diversas versiones locales encontramos el acto creativo simbolizado mediante: la masturbación, uniéndose a su misma sombra, autoinseminándose, nombrando las partes de su cuerpo que adquieren la forma de dioses separados, vomitando, escupiendo o estornudando (Sobre las

vinculaciones eróticas de la Enéada ver Araújo, Manuel.: Estudios sobre erotismo no antiguo Egipto. Lisboa 1995.). Así intervienen partes de su cuerpo que se interpretan como entidades femeninas, como es el caso de su boca o su mano.

Atum se diversifica y crea al primer principio femenino y masculino respectivamente, originando en definitiva una primera pareja (símbolos de creación y generación) formada por el aire Shu, el movimiento espontáneo, y su esposa Tefnut, la humedad, antepasados de todos los dioses. Ellos a su vez se unen para dar vida a Nut, la bóveda celeste y Geb, su esposo, personificación de la tierra.

La variedad de mitos y el intercambio de personalidades dio pie a que en otros textos estos primeros dioses emergieran del océano Nun, en lugar de ser creados sobre la colina, considerándolos protectores de su padre Atum.

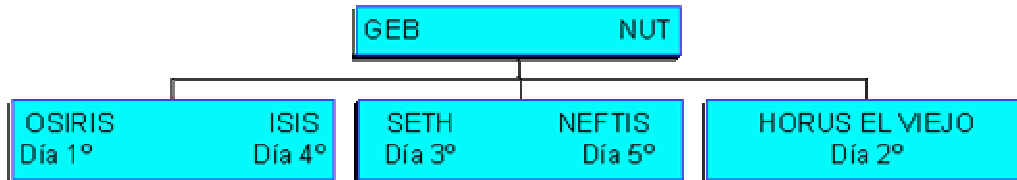
Ocurrió entonces que Ra (o Shu, según la versión del mito) celoso, había prohibido a su hija Nut que se casara con Geb y habiendo desobedecido ésta, ordenó a los meses del año que no la dejaran parir y mandó al aire Shu que los separara bruscamente para que no pudieran estar unidos (ver imagen).



De este modo, Geb relegado a permanecer tumbado en el suelo, Nut obligada a arquearse sobre la tierra y Shu, situado entre ambos, provocan la aparición del espacio necesario para la existencia de los seres vivientes, y la luz. Según nos relata Plutarco en su tratado “De Iside et Osiride” (*Sobre esta cuestión ver Plutarco, De Iside et*

Osiride. Existe una edición traducida y comentada a inglés por Griffiths, J. G. Cardiff, 1970.), el dios Thot intercediendo por ellos retó a la Luna y obtuvo los cinco días epagómenos, necesarios para que no hubiese un desfase en su calendario, en los que pudo la diosa dar a luz a sus dos pares de gemelos que nacieron sucesivamente, Osiris que casó con Isis, de cuya unión nació Horus el Joven, ascendente directo del rey, y Seth que lo hizo con Neftis, ambos estériles.

No obstante, necesitaban una divinidad más, unida al mito para cumplir los cinco días epagómenos, como se indica en el cuadro adjunto.



SENO MATERNO DE NUT

SETH Y NEFTIS

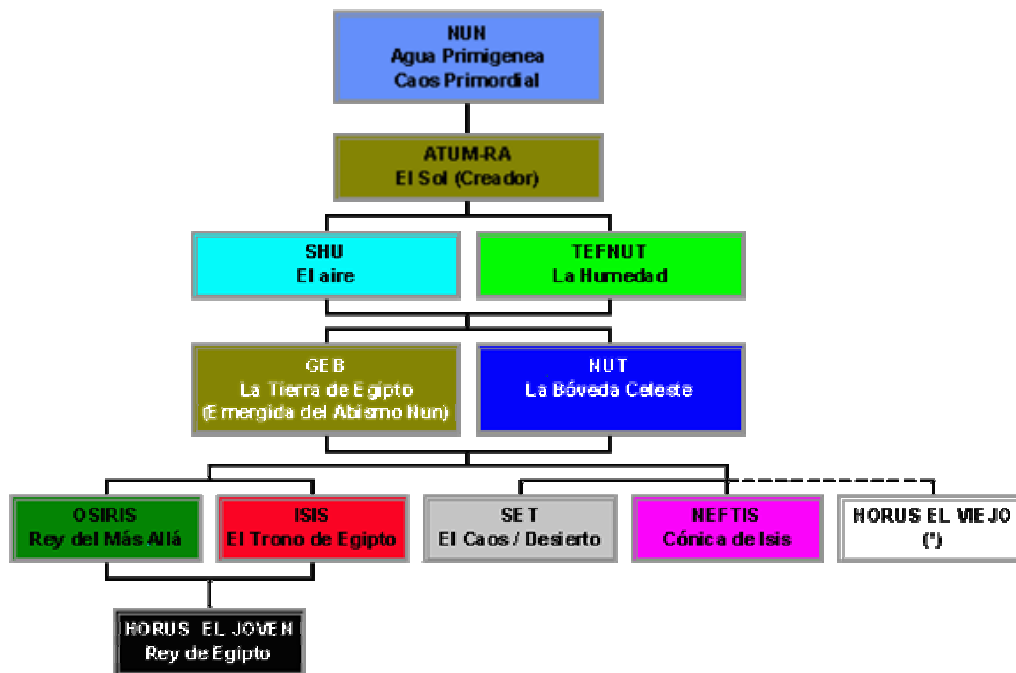
OSIRIS E ISIS

HORUS EL VIEJO

31

Geb y Nut se vieron relegados a vivir eternamente separados, pero los esfuerzos fallidos del dios tierra por alcanzar a su hermana y esposa no dejaron de cesar, provocando con su movimiento los seismos y los accidentes geográficos, es decir, las colinas, las montañas y los valles, los cuáles son los huesos del dios.

De nuevo, creo oportuno acudir a los gráficos para resumir la representación del mito de forma más esclarecedora:




Según este esquema tendríamos dos grupos claramente diferenciados: Nun, Atum-Ra, Shu, Tefnut, Nut y Geb son elementos del mito cósmico, mientras que Osiris, Isis, Seth y Neftis forman parte del mito de monarquía (*Sobre este tema es imprescindible consultar Ariele Tobin, Vicent.: Theological principles of Egyptian Religion. New York 1989, pág 46-53, 57-6489-92, 113-122, 195-215, sobre cuyas bases se ha fundamentado este trabajo.*). Horus es el punto donde se produce la teologización del faraón.

Aún teniendo presente que la enéada estricta está formada por: Atum-Ra, Shu, Tefnut, Nut, Geb, Osiris, Isis, Seth y Neftis y que toda ella personifica el concepto de Maat, en la enéada debemos distinguir tres principios que forman la creación en sí misma y que están personificados por:

- 1.- **PRINCIPIO CREATIVO** = Vida Cósmica = Atum-Ra, Shu, Tefnut.
- 2.- **COSMOS ORDENADO** = Vida de la naturaleza = Geb y Nut.
- 3.- **ORDEN POLÍTICO** = Vida del hombre = Osiris, Isis, Seth, Neftis (y Horus).

Como podemos observar, esta teoría del origen del mundo no utiliza a dioses locales a los que se les podía dar una localización concreta, sino que emplea elementos mucho más intangibles pero absolutamente necesarios para la existencia. La idea se mantiene sólo hasta el nacimiento de los dos pares de gemelos hijos de Geb y de Nut, divinidades mucho más tangibles, que constituyen el concepto de antepasados directos del rey. Esto queda plasmado de forma muy clara en los monumentos erigidos en Egipto, donde los primeros componentes de la Gran Enéada, los dioses cósmicos protagonistas de las dos primeras generaciones, jamás son poseedores de templos de culto, de fiestas locales o estatales, mientras que la última generación de divinidades de la Enéada, que forman el mito monárquico, (Osiris, Isis, Seth y Neftis), celebraban sus festividades en los días epagómenos y sus templos se extendían por el país. No obstante, los dioses Geb y Nut aparecen representados en tumbas, templos, textos etc., siendo esta diferenciación patente en todos los aspectos de la religión.

9.- EL NUN

El nombre antiguo de este componente de la preexistencia es “Nuu”  (Pir. § 132), habiéndose popularizado entre nosotros el apelativo dado en Baja Época: “Nun”.



Él se encuentra a la cabeza de la creación, es el principio básico común en todas las cosmogonías (ver imagen). Este elemento es el caos, el desorden que contiene el potencial de vida, la primera sustancia expresada como realidad abstracta. Como tal era considerado tanto una divinidad benefactora que a veces es representada bajo forma humana o con cabeza de rana (en Hermópolis) coronada con dos altas plumas o con el nombre jeroglífico sobre la cabeza.

Nun es realmente un concepto” deificado cuyo Ba no es otro que el Sol. Sus aguas caóticas ocupaban todo el universo, eran un lugar oscuro y no tenían superficie. En ellas se encontraba Atum el cual, en la II hora del Libro de las Puertas, dice: “yo soy el hijo que emana de su padre, yo soy el padre que emana de su hijo”, en una compleja dependencia entre Atum y las aguas del Nun destinada a enfatizar el acto creador que, de algún modo, arranca en el seno de estas aguas de la preexistencia, marcando el punto de “despegue” del acto creador y de la formación del mundo, el cosmos y la naturaleza. Su existencia era imprescindible para que el sol (y el difunto) pudieran regenerarse diariamente a través del viaje nocturno que ambos realizaban diariamente por el mundo subterráneo.

Los egipcios pensaron que las aguas del Nun, después de la creación, rodeaban la tierra y que esta divinidad era la responsable de la inundación anual y de las aguas subterráneas que marcaban la frontera entre el mundo de los vivos y el de los muertos (en otros textos el responsable es Osiris como divinidad del mundo subterráneo) y que éstas se alojaban en un lugar de la “Duat” (*Bickel, Susanne.: La Cosmogonie égyptienne avant le Nouvel Empire. OBO 134. Göttingen 1994, pág. 23.*). Hoy somos conscientes que

esta identificación pudo deberse a la observación de las aguas freáticas que fluían con frecuencia cuando el egipcio cavaba en la tierra. De nuevo su tendencia simétrica le hizo pensar en la existencia de unas aguas beneficiosas que, relacionadas con el Nilo, surcaban el mundo del “Más Allá” creando de nuevo una imagen dual y extrapolando su hábitat tras la muerte.

Aunque el Nun fuera potencialmente el origen de los dioses y el contenedor de la vida, parece que este no fue identificado como una divinidad en todos sus aspectos sino que fue entendido mas como un “concepto” según se trasluce de algunos de sus títulos: “Es Caos de los Comienzos”, “Las Aguas de la Vida”, “El Padre de los Dioses” o “El Océano Primordial”. En el drama heliopolitano queda excluido de la concepción del Maat, ya que su personalidad inherente, aunque benéfica, es la antítesis de esta.

Mitológicamente el Nun se hallaba presente en casi todos los santuarios egipcios. Sobre los muros de tumbas, templos o representado en papiros aparece con cierta asiduidad frecuentemente identificado con una de las horas de la noche. Como elemento primordial nunca poseyó ningún santuario ni se celebraron festividades en su honor. Los lagos sagrados de los distintos centros teológicos eran la imagen de este mar primigenio, el lugar donde se celebraban rituales de renacimiento mediante el lavado simbólico y a cada uno de ellos se le atribuía el hecho de ser el lugar donde emergió la colina primordial y comenzó la actividad creadora en manos de la divinidad local del santuario, que de este modo asume el papel de ser el dios más antiguo.

“Los Textos de las Pirámides” no nos ofrecen una idea clara de cual había sido la forma real de la colina primigenia, ya que se observan ligeras variantes para un mismo concepto. Parece que los teólogos heliopolitanos que trabajaron en esta recopilación no llegaron a un acuerdo aunque también puede responder a la multiplicidad de ideas para llegar a un mismo fin. De este modo, se nos muestra por ejemplo como:

a) Un bloque monolítico de piedra con el borde superior apuntado y redondeado desarrollado hasta alcanzar formas simétricas y geométricas, en su símbolo más antiguo” (Sobre las formas del Benben: Kemp, B. J.: El Antiguo Egipto. Anatomía de una Civilización. Ed Castellano, Barcelona 1.992.).

b) Con forma de media elipse.

c) Bajo la apariencia de trapecios regulares e irregulares que pueden ser escalonados o no.

10.- ATUM-RA

Dentro del Nun se encontraba **ATUM-RA** (ver imagen). Parece evidente que Atum, de personalidad andrógena y muy arcaica, en los comienzos fue un principio abstracto que sufrió un proceso de personalización hasta tener forma humana y concretamente de varón. En sus orígenes lo encontramos como un dios telúrico, quizá un tótem local, que carecía de



función solar. En una etapa muy temprana, pero en época dinástica, es asociado a Ra y este le traspa su naturaleza interpretándose que Ra era su conciencia, su energía en la acción creadora que se manifestaba a través de los rayos del Sol (*Bickel, Susanne.: La Cosmogonie égyptienne avant le Nouvel Empire. OBO 134. Göttingen 1994, pág., 43.*), su complemento. Así se le da un sentido espiritual, disipador de las tinieblas. De éste modo y mediante el sincretismo, Atum-Ra reúne en si rasgos ctónicos y solares, recordemos también su personalidad activa/pasiva fusionada durante el Reino Antiguo; deidades que, tomadas como unidades independientes, representan aspectos diferentes del Sol, mientras que como “un todo” simbolizan al dios creador por

antonomasia, ambos suponen una completa y perfecta simbología para explicar el concepto amplio de lo que se quiere representar en él.

En los “Textos de las Pirámides” Atum-Ra aparece como “Señor de Heliópolis” y “Señor de los Limites del Cielo” siendo estos los indicios escritos más antiguos. Ra, procede con mucha verosimilitud de Sajebu una localidad próxima a Heliópolis, hecho que dada su vecindad pudo favorecer para su fusión. Es entonces cuando aparecen también las distintas manifestaciones del Sol, en cuanto a la multiplicidad de formas: Atum, llamado “el No Ser Aún” en el anochecer, Ra el sol en el cenit, a los que en

esta secuencia más tarde se unirá Jepri “el que Vino a la Existencia” representado como un escarabajo en perfecta analogía con el Sol del amanecer, siendo todos igualmente, dioses locales del área heliopolitana. Horajty es el halcón lejano en el horizonte, obtenido de la fusión de Horus y Ra como ya vimos anteriormente.

Atum crea sin necesidad de una contrapartida femenina y auto-surge gracias a su voluntad y su energía cuando se encontraba latente en las aguas del Nun. Es un hecho inequívoco y claro que no requiere explicación, sin embargo más adelante los teólogos de Heliópolis sintieron la necesidad de modificar la creación para hacerla más comprensible, para ello dotan al dios de una compañera llamada Iusaas (en otros casos aparece Hathor, Señora de Hetpet, en su lugar) cuyos epítetos son: “Ella Viene y es Poderosa” o “Ella Vino con el que es Grande”, que es titular de una capilla en el recinto de Heliópolis. “Ella” era la diosa consorte y la materialización de la mano de Atum en el acto creador, representada con un disco solar o con un escarabajo sobre la cabeza.

Atum-Ra es el dios más importante del pensamiento religioso egipcio, tanto que el resto de los dioses provinciales fueron sufriendo asimilaciones con él. Realmente las cosmogonías locales generalmente utilizaban la fórmula heliopolitana incluyendo a su divinidad local. De este modo, y a partir del Reino Medio, la solarización de los dioses hace que aparezcan divinidades como Amón-Ra, Sobek-Ra, etc. Los únicos dioses que no llegaron a sufrir esta fusión fueron Ptah, quizá por ser un dios creador demasiado importante con un clero influyente, y Osiris, cuya leyenda era demasiado popular.

Atum reúne en sí toda la creación. En ocasiones es identificado con la colina primigenia en sí misma, siendo la unidad de una creación diversificada, la primera fuerza cósmica creativa y un dios andrógino potencia del orden de vida. La creación en torno a él tiene un carácter eminentemente sexual, una forma primitiva pero lógica de expresar el pensamiento profundo de la existencia. Su unión a la Enéada heliopolitana para dotarle de una genealogía, tal y como también la tenían los hombres, parece remontarse entre las Dinastías I y V.

No obstante este dios, aunque poderoso en sí mismo, necesita y utiliza una serie de fuerzas para dar cuerpo a la creación. De este modo, encontramos a Sia, Hu y Heka que representan la inteligencia que proyecta el mundo, la decisión creativa y el mago cuya energía realiza la palabra, respectivamente. Es curioso destacar que las dos primeras fuerzas carecieron de culto mientras que la tercera lo tiene documentado desde el Reino Antiguo sin que hallamos

podido averiguar el porqué de este hecho. Todos ellos aparecen protegiendo a Ra en su acto creativo y acompañándole en su barca que surca el mundo subterráneo. Pero para los teólogos de Reino Nuevo estas fuerzas no fueron suficientes añadiendo elementos nuevos y “sofisticados” que denotan un pensamiento más evolucionado y complejo. Así aparecen: Iri la acción, Sedyem el oído y Shai la determinación y el destino.

Pese a su preponderancia Atum-Ra nunca desplazó a otros dioses, a los que se adoraba en su santuario. Tenemos constancia durante el Reino Antiguo de cultos a Horus y a su homóloga femenina, Hathor, y sabemos que la esposa principal del sacerdote de Ra en Heliópolis era igualmente sacerdotisa de Hathor posiblemente relacionándola con la compañera del dios.


La personalidad del dios Atum a veces es enigmática. Se nos presenta como una divinidad que puede tener aspecto de serpiente en su forma más arcaica relacionada, como la mayor parte de los ofidios, con el espíritu emergido, que en Heliópolis además, se identifica a la divinidad local Imy-Uhaf, “El Deslizado”. La mitología egipcia nos muestra a este animal como una fuerza benefactora y creadora símbolo del espíritu emergido, sin embargo, también puede estar representado bajo el aspecto de la serpiente dañina Apofis (aunque jamás citada en el contexto de la cosmogonía y siempre a partir del Primer Período Intermedio) como representación de “la no-existencia” o, como en los “Textos de las Pirámides” (§ 1146), bajo el nombre del “Muy Numerosa en Anillos”, donde se la relaciona con los límites del mundo. En este caso habría que preguntarse el por qué de ambas representaciones tan dispares entre sí: la creadora junto a la dañina. Algunos investigadores interpretan estos dos conceptos como la forma de Atum cuando se hallaba en el océano primordial en un estado de no-existencia, es decir cuando formaba parte del caos (como Apofis), y la divinidad cuando toma consciencia de sí misma y comienza la creación. De nuevo serían dos manifestaciones del mismo dios.

Bajo el aspecto estable de Atum-Ra, iconográficamente se le representa en forma humana con la doble corona sobre la cabeza, de león o de icneumon en este último caso en Heliópolis (con la apariencia de Ra) para simbolizar el poder del dios -que en esta forma- mata a las serpientes, es decir, elimina su aspecto remoto de dios no-existente en el caos primordial. De igual modo, le encontramos bajo apariencia antropomorfa, cabeza de carnero, forma de mangosta, anguila etc., estas últimas en el aspecto de Atum. Vemos por tanto que la variación de representaciones de esta divinidad evidencia su controvertida procedencia en cuanto a dios ctónico y solar. Bajo el aspecto de

Ra aparece asimilado al halcón, al carnero, a la musaraña, al elefante, al macaco, al escarabajo pelotero, o al Toro Mer-Ur de Heliópolis desde el Reino Nuevo.

Otro símbolo empleado por los teólogos de Heliópolis fue una flor de loto para explicar el nacimiento del Sol, ya que esta planta se abre al nacer el día y se cierra al anochecer. El loto emergido de la colina primigenia abriendo sus pétalos habría mostrado al dios solar, que más tarde y en este aspecto se identificó con Nefertum.

Pero aun no hemos visto todas las formas posibles de Ra en Heliópolis. En los “Textos de las Pirámides” (§1652), se menciona otra forma del dios: el

pájaro Bennu,  representado por la garza real cenicienta, más conocida por el nombre que le dieron los griegos, ave Fénix, creyendo ver una identificación entre su divinidad y la heliopolitana. Ambas, de una manera u otra renacían. El pájaro Bennu, aparecía en Egipto coincidiendo con el comienzo de la inundación siendo identificado con la abundancia que se esperaba tras la retirada del Nilo, por otro lado, este ave surcaba los cielos al amanecer lo que indujo a los teólogos heliopolitanos a identificarlo con el sol. El pájaro Bennu es el Ba del dios, que al aparecer la luz toma esta forma diariamente, y está relacionada con la resurrección del difunto, dándole un marcado aspecto solar.

11.- SHU Y TEFNUT

Ya hemos visto que en el mito heliopolitano, **SHU Y TEFNUT** son la primera pareja creada por Atum (Pir., §1652-53, §1248) que, según el pasaje, son escupidos o expectorados respectivamente por el dios en “La Mansión del Fénix” en On (*Nombre bíblico de Heliópolis*), donde Atum-Jepri hizo nacer la piedra Benben. Por lo tanto constituyen dos aspectos potenciales del dios andrógino y neutral complementarios que simbolizan la fuerza vital que anima el universo.

Representan el origen, la expresión del orden cósmico, la realidad de lo masculino y lo femenino como principio primario de acción y creación, es decir, la multiplicidad. En los Textos del Reino Medio, Shu aparece mencionado como: “La Mucosidad del Dios Primigenio”, “El Aliento Impalpable del Nun” y “El Soplo de Vida”, lo que remarca su directa dependencia con el creador al que en ocasiones llega a igualarse. El mismo sentir se hace patente en los “Textos de los Sarcófagos” (Fórmulas, 76, 79-80) donde podemos identificar a Shu como dios creador “Padre de los Dioses” y mediador entre Atum y el resto de las deidades, situación datable muy posiblemente en el Primer Período Intermedio. Como contrapartida, en los mismos textos (Fórmula, 80) se califica a la pareja formada por Shu y Tefnut como “Indispensables en la Vida de Atum”, creándose un vínculo recíproco, donde la pareja aparece íntima e indisolublemente unida a su padre, formando una tríada creadora, de regeneración del orden y la estabilidad del cosmos, que había sido asentado por su causa.

Shu, el aire, cuya iconografía es la de un león o un hombre (ver imagen)



con una o varias plumas sobre la cabeza (en este último caso, respecto a su identificación con Onuris) es la forma de explicar el elemento activo que transforma el caos en un comienzo de orden, gracias a él existe un lugar habitable para hombres, animales y dioses y su presencia queda materializada en el ciclo mediante las nubes que forman esqueleto. De igual modo es el responsable de que la luz necesaria para la vida tenga un

lugar donde estar. Su nombre significa “El Vacío”, (como el de su esposa Tefnut), aunque en el contexto de la cosmogonía también puede personificar “la vida” (*Bickel, Susanne.: La Cosmogonie égyptienne avant le Nouvel Empire. OBO 134. Göttingen 1994, pág., 129.*). Su papel en el escenario heliopolitano ya ha sido explicado cuando narramos el mito. No obstante vamos a resaltar un punto: Shu era ayudado, en una variante del mito, por ocho vientos que servían de asistentes y el lugar donde había “levantado el cielo” era la ciudad de Hermópolis. Con estos ocho vientos capitaneados por Shu aparece de nuevo el número mágico, el 9, formado por el dios Shu y sus auxiliares, que podrían estar conectados con los dioses primigenios de la cosmogonía de Hermópolis y con las invocaciones que habría que hacer en favor del fallecido. En los “Textos de los Sarcófagos” (Fórmula, 154.) estos personajes estaban personificados por: dos elementos de fuego, dos serpientes, dos monstruos defensores y dos elementos auxiliares. En esta ocasión los mitos heliopolitanos, osirianos, hermopolitanos, etc., se encontrarían mezclados para dar cuerpo a la mitología. De esta manera tenemos de nuevo otro camino para expresar la multiplicidad de lo divino llegando a un concepto concreto.

Su compañera, la leona Tefnut, símbolo de la humedad y el agua, es el elemento necesario para que la creación continúe. Aparece bajo la forma de una mujer o una leona que porta un disco solar o una serpiente sobre la cabeza. Su importancia en las concepciones originales heliopolitanas no es clara. Algunos estudiosos creen ver en esta figura una divinidad no destacable, creada artificialmente por el clero tan solo para simbolizar el concepto femenino imprescindible en la creación. Sin embargo y aunque poseemos escasas referencias de su alcance durante el Reino Antiguo, parece que fue destacándose progresivamente como divinidad poderosa y su conexión con la humedad y el agua es básica para comprender la importancia de este elemento para la subsistencia de los seres vivos.

Es posible que los sacerdotes de Heliópolis crearan a Shu como concepto de vida principal y otorgaran a Tefnut el principio del mundo ordenado, asimilándola a Maat (que tradicionalmente es hija de Ra) desde finales de la Dinastía III. De cualquier modo no será hasta la recopilación de los “Textos de los Sarcófagos” (Fórmula, 80) cuando aparezca este sincretismo de una forma mucho más clara y definida.

Tefnut, solar por naturaleza, es igualmente identificada con el Ojo de Ra y la lengua de Ptah, dios creador de la cosmogonía menfita. Recordemos su protagonismo en el Mito de la Diosa Lejana. Es precisamente entonces cuando

la divinidad solar la coloca sobre su frente (transformada en Ureus) pasando a ser guardiana del dios y de la realeza. Bajo este aspecto Tefnut conserva rasgos eminentemente felinos y su identificación con Maat sigue siendo efectiva, pudiendo ser debida, entre otras razones, a su carácter agresivo que la faculta para restablecer el orden que encabeza y del que por otra parte es integrante.

Algunos autores, entre los que se encuentra Pirenne, opinan que en Heliópolis el origen de la pareja tomada como unidad pudo responder a un concepto de entidad creadora, cuyo nacimiento habría que buscarlo en una remota diosa madre. Para este autor el elemento principal habría sido el femenino, mientras que el masculino sólo constituía un paredro de ella (Pirenne, Jacques. Historia de la Civilización del Antiguo Egipto. Tomo Iº pp. 51, 66. Barcelona 1.977. Budge, Wallis. From Fetish to God in Ancient Egypt. Ed. New York 1.988.). Es decir, el culto local que sucede a esta diosa-madre, podría haber sido el de Shu y Tefnut, representados bajo el aspecto de dos leones, a los que se les habría superpuesto posteriormente el dios creador Atum. Este hecho que queda reflejado convenientemente en el “Libro de los Muertos” (Cap., 115) donde se nombra a la serpiente de Heliópolis y finalmente al finado, afirmando “conocer a las almas de Heliópolis: Ra, Shu y Tefnut”. Por otro lado Wallis Budge, considera que la tríada más antigua es la formada por Atum, Geb y Nut, habiendo sido sustituida más tarde por la ya mencionada. Con estos someros datos podemos llegar a la conclusión de que, aun habiendo aceptado una jerarquización básica, es la que manejamos más frecuentemente, aún no podemos afirmar de forma categórica cuál fue el origen y el orden de éstos en la noche de los tiempos, antes de que aparecieran registrados en los primeros textos. *(Existe una asimilación entre Shu y Tefnut en unas ocasiones y entre Geb y Nut en otras, con un divinidad llamada Aker que también personifica la tierra, cuya iconografía es similar. Aker constituye un elemento estático/pasivo, como el dios Geb. Sobre esta cuestión consultar: Castel Elisa. Algunos Aspectos de dioses Felinos en el Antiguo Egipto. BAEDE 2. Madrid 1990. Faulkner, R.O. Oxford 1969. Op. cit., § 796. Aker es identificado con Geb y Nut).*

12.- GEB Y NUT

Por último, la creación necesita de otra pareja para seguir evolucionando. Hasta que Shu no separa, por mandato de Ra, la tierra del cielo el resto de los elementos, es decir, los dioses, los hombres, los animales y las plantas, no pueden emerger del caos ya que no hay un espacio habitable para ellos. De este modo, se creará el orden, el Maat del cosmos, el poder de regeneración y darán vida a **GEB Y NUT**, la segunda pareja creada en el mito heliopolitano que representan dos elementos imprescindibles en la creación: la tierra en la que han de habitar los seres vivos y el cielo, produciéndose una organización, una estructuración del mundo que precede y prepara la aparición de los seres vivientes.

Esta pareja símbolo del principio fértil, es la articulación específica del orden creado, la fuerza de vida que ya tiene la estructura del universo, el cielo y la tierra como entidades separadas. Con ellos la creación se ha llevado a cabo, el cosmos se ha ordenado y representan la vida de la naturaleza.

Todos los indicios nos llevan a pensar que Geb en origen, y antes de formar parte de la Enéada heliopolitana, fue un dios local sin función cósmica, procedente de alguna ciudad, próxima a Heliópolis, cuyo animal sagrado era un ave acuática (posiblemente una oca) que en ocasiones lleva sobre su cabeza humana (ver imagen), pudiendo portar igualmente la corona blanca o la corona Atef, o las dos reunidas en la Epoca Baja.

Esporádicamente aparece cubierto también con la corona del Bajo Egipto aunque no es la forma iconográfica habitual. En cualquier caso aparece representado con el atributo masculino en erección haciendo patente su intención de alcanzar a su inaccesible pareja.

En los “Textos de los Sarcófagos” (Fórmula, 223) y en el “Libro de los Muertos” (Cap. 54 y 59) es llamado “El Gran Cacareador”, lo que nos lleva a pensar que en algún momento se le hace dios creador responsable del huevo



del que nació Ra, como nos cuentan otras cosmogonías y en concreto la que aquí tratamos. Su conexión con la tierra no parece explicable si no es por la posibilidad de que adquiriera este carácter de una divinidad ctónica más antigua. Algunos autores opinan que esta pareja pudo ser una creación sacerdotal sin base en la tradición religiosa del Antiguo Egipto, necesaria para que el drama de creación se llevara a cabo. Recordemos que Geb es la tierra, el responsable de los terremotos, que estos no son más que la voz del dios y que sus huesos forman las montañas de Egipto.

Como ya nos tiene acostumbrado el pensamiento egipcio, citando como referencia los valiosísimos “Textos de las Pirámides”, encontramos que Geb posee una serie de nombres que pueden resultar excluyentes:

- “La Cabeza de la Enéada”: §1912, §2103, §2226.
- “El Único Gran Dios”: §1616.
- “La Esencia de Todos los Dioses”: § 1623”.
- “El más Principal de Todos los Dioses al cual Atum situó en la Cabeza de la Enéada”, en relación con la identificación del rey con Geb: §1645.

Igualmente en los “Textos de los Sarcófagos” hallamos epítetos parecidos: “El Padre de Atum”, “El que da de Comer al Corazón de Atum y Reúne sus Miembros Cansados” etc., haciendo especial hincapié la Fórmula 30, donde más explícitamente aparece la misma identificación.

Es curioso como en todos estos títulos se hace sentir muy claramente la necesidad de remarcar que Geb es considerado dios primigenio, colocándolo en el mismo estatus que Atum en algunas ocasiones desde la recopilación de los primeros textos religiosos.

Otra curiosidad es aquella que nos lleva a pensar en la razón por la cual los egipcios no relacionaron, a lo largo de la civilización faraónica, a la tierra con una entidad femenina como ocurre en otras muchas culturas antiguas, permaneciendo esta incógnita aun sin resolver.

La diosa Nut, de origen controvertido pudo ser una antigua divinidad de la tierra a la que se encomendaba a los difuntos o que al menos en algún momento cumpliera este cargo. Es muy verosímil que sea precisamente su unión con Geb la que provoque este cambio de atribuciones, pasando primero a ser diosa del cielo diurno y más tarde del



nocturno también. No obstante, su servicio a los difuntos seguirá siendo patente ya que la diosa será la responsable de guardar en sus entrañas el trayecto diario del finado acompañado del sol por el “Más Allá”.

De nuevo, son los “Textos de las Pirámides” los que arrojan nueva luz a los datos aquí expuestos: en §616 y §777-785 se identifica y personaliza a Geb con el sarcófago y a Nut con la tapa de éste. El difunto se encierra en este microcosmos protegido por ambos dioses, relacionándolo con el simbolismo sexual de las dos divinidades antes de que fueran separadas por Shu, dotándole de una protección especial que garantiza su acogida en el mundo del “Más Allá”.

Iconográficamente Nut, considerada en algunos textos como madre del Sol, aparece representada bajo diversos aspectos; ella es la mujer arqueada que forma la bóveda celeste en cuyo cuerpo navegan los astros (ver imagen), así como la mujer que sujeta en cada una de sus manos dos formas del sol que recorren su cuerpo (ver imagen) en pie. Es también la vaca con la panza estrellada o la mujer que porta el jeroglífico de su nombre sobre su cabeza (un vaso de agua sobre el símbolo del cielo). En relación con su aspecto de vaca podemos relacionarla con las pieles de este animal en las que eran envueltos los difuntos en el Predinástico, que evoluciona en el Período Dinástico hacia su presencia en el interior de los sarcófagos bajo aspecto humano, como ya se ha expuesto hace algunas líneas, dando acogida al difunto en el más allá. La diosa está identificada con el árbol sagrado del sicomoro cuyo emplazamiento original se situó en Heliópolis y su relación con diosas tales como Isis o Hathor denotan que todas ellas pudieron tener un origen similar.



**Nut arqueada forma la bóveda celeste.
Geb con el codo apoyado en el suelo representa la Tierra y
Ra navega en la barca solar. XIX Dinastía. Museo del Louvre.**

13.- OSIRIS, ISIS, SETH Y NEFTIS

Como acabamos de estudiar, en la teoría heliopolitana, Geb es la tierra de Egipto y junto a su esposa” Nut, dan vida a **OSIRIS, ISIS, SETH Y NEFTIS**, que nacen durante los días epagómenos, siendo unas de las divinidades más representativas de la Enéada.

No es mi intención profundizar en estas 4 divinidades ya que su mitología excede de los límites que nos hemos marcado en este trabajo, no obstante, vamos a esbozar algunas ideas básicas para centrarnos en el tema. Por la misma causa se omitirá el conflicto entre Horus y Seth.

La leyenda que protagonizan estos personajes no ha sido transmitida en fuentes egipcias más que en estado fragmentario, tan sólo algunos autores del mundo antiguo han tratado el tema esporádicamente pero desde luego ninguno de forma tan completa como Plutarco en su libro I, capítulo II, aunque con una visión ya muy tardía e influida por una mentalidad que difería mucho de la egipcia.

En definitiva, estos dioses, dos pares de gemelos que se “casan” entre sí, constituyen el principio histórico y el orden político y, según algunos autores, podrían simbolizar las luchas entre el Alto y Bajo Egipto acaecidas en el Período Predinástico. No obstante, no será hasta finales del Período Tinita cuando Osiris empiece a cobrar importancia como dios, creciendo paulatinamente en las Dinastías IV y V, siendo entonces cuando aparece mencionado en los “Textos de las Pirámides” donde tiene un marcado carácter funerario. Su inclusión en la teología heliopolitana queda bien patente a través de §1813-1816 de estos mismos textos, donde se le sitúa sobre todos los dioses locales, quedando en segundo plano su aspecto de dios de la vegetación, que es su apariencia más antigua. De igual modo, lo encontramos en el “Gran Himno a Osiris” donde lleva el título de “El Más Viejo de Todos los Dioses”, epíteto que lo asciende en la jerarquía de la Enéada Heliopolitana. En relación a la ya mencionada función de



vegetación/resurrección, es decir, como dios del grano y de los cereales (Nepri), está presente en el “Papiro Chester Beatty nº 1”, los “Textos de los Sarcófagos” y el “Libro de los Muertos”.

Osiris (ver imagen) es por excelencia el legitimador del reino de Egipto y junto a su hermana y esposa Isis representa todos los aspectos beneficiosos y el amor familiar. Osiris es una fuerza positiva que simboliza no sólo el grano sino también el Nilo, la tierra fértil (la tierra negra, llamada por los egipcios Kemet) y el renacimiento, mientras que Seth representa el desierto (la tierra roja, llamada Deshret) y la sequía. Por tanto Seth es una fuerza negativa, antagónica de Osiris, que pretende destruir al legítimo descendiente del trono de Geb. Si nos detenemos en analizar esta simbología comprenderemos la lógica de este concepto en un país en el que la arena de los desiertos, avanza hacia la tierra fértil en una continua amenaza. En el mito heliopolitano esto se polariza en Seth y Neftis, símbolos de lo estéril y carentes de descendencia. Claramente podemos hablar en esta última generación de dioses de la lucha entre el bien y el mal, presente de nuevo como concepto dual y necesarios ambos para el equilibrio y la existencia del mundo ordenado.

Osiris es el representante de la vida, de los poderes cósmicos y del orden civilizado, el predecesor directo del rey. Él sostendrá la creación en continuo enfrentamiento con lo que representa su hermano, que desea devolverla al caos primigenio. En cuanto a fuerza de vida, estará presente en todos los niveles: el cosmos, la naturaleza, el estado, la vida humana y la inmortalidad.

De origen muy oscuro y aún por determinar, aunque todos los indicios apuntan al Delta Oriental, sus centros de culto más antiguos los encontramos a lo largo de todo Egipto: Busiris, Abidos, Mendes y finalmente en Heliópolis. En relación a la formación de este dios, se han barajado muchas y muy distintas teorías, entre las que destacaríamos:


- a) Que sea una divinidad no-egipcia procedente de Libia o Asia (R. Well y Pirenne).
- b) Un antiguo personaje destacado del Predinástico divinizado posteriormente (H. Kess y H. Junker).
- c) Que su importancia pueda vislumbrarse en la Dinastía II, en base a dos aparentes pilares Dyed encontrados por Z. Saad en Helwan. No obstante sabemos que el pilar Dyed fue un préstamo que Osiris tomó de otros dioses como Sokar y Ptah.

- d) Que su culto, procedente del Alto Egipto, pueda datarse con anterioridad a la Dinastía I (Griffiths).
- e) Que en origen pudiera haber sido una divinidad demoníaca que pudiera constituir un peligro para el difunto mortificándose más tarde completamente su carácter negativo (Tobin).

Su iconografía, muy variada, tradicionalmente nos presenta la figura de un hombre con la piel pintada de verde, símbolo de resurrección, envuelto en un sudario con los cetos de poder en las manos y la corona Atef sobre la cabeza. De igual modo, podemos verle representado bajo formas tan sorprendentes como un pez.



Su esposa Isis (imagen), cuyos indicios debemos buscar en Buto, en origen debió ser una diosa-madre y más tarde una divinidad, del cielo (posiblemente Hathor) con marcados rasgos de fertilidad y maternidad

como aparece en la  Cosmogonía Heliopolitana. Su símbolo representativo está presente en la iconografía egipcia a partir de la Dinastía I. Su estrecha relación con la deidad cósmica Nut indudablemente se debe a que originalmente ambas participaban en el cumplimiento de las mismas funciones, hecho que más tarde se transluce en el intercambio de papeles, cubriendo el puesto de esposa, hermana, madre o hija, de un dios determinado. Con esta asimilación se pretende remarcar mediante el sincretismo el rol femenino como dualidad. Isis, modelo de madre y esposa, se asoció al trono de Osiris y por lo tanto al trono real, símbolo jeroglífico que porta sobre su cabeza y que forma parte de su propio nombre.

Al igual que Osiris, la iconografía de Isis es numerosa, normalmente la encontramos bajo forma humana aunque también podemos hallarla bajo el aspecto de milano o vestida con cuernos de vaca.

De origen muy antiguo, el dios Seth (*Velde, H. Seth, God of Confusion: a Study of his role in Egyptian mythology and Religion. Ed Leiden 1977- pp. 13.*), a diferencia de Osiris, es originario del Sur, de la antigua Nubt, es decir de Ombos (Nagada). Esposo tradicionalmente de Neftis

y estéril por naturaleza, es curiosamente nombrado en los “Textos de las Pirámides” (§489) como poseedor de dos esposas, que Wallis Budge interpreta como la diosa Neith, mientras que la otra podría ser Neftis.

Aunque la faceta más popular de esta divinidad es su apariencia negativa, no adquiere esta facultad hasta que el mito heliopolitano se consolida. En opinión de H. Kees pudo ser originariamente un dios del cielo, aunque en mi opinión este criterio requiere un mayor estudio, ya que la implicación de la deidad en cielos empíreos es demasiado confusa y oscura.

Su iconografía o al menos el animal con el que tradicionalmente se le representa (ver imagen), tampoco nos ofrece ningún tipo de ayuda para esclarecer el primitivo aspecto de la divinidad ya que no ha podido ser identificado, llegando a suponerse que podría tratarse de una bestia fabulosa o un animal hoy extinguido. Otros autores tratan de adivinar la figura de un okapi, un asno o un antílope. El Dr. Ali Radwan identifica a Seth con un asno salvaje procedente de Asia, hoy desaparecido e imposible de domesticar, basándose en la representación de este tipo de animal en algunas mastabas del Reino Antiguo.



Muchos son los monumentos egipcios donde aparece la figura de este dios, en ellos podemos encontrarlo bajo diversos aspectos: el animal fabuloso del que veníamos hablando, un cerdo, un oryx, un hipopótamo al que arponea su eterno enemigo Horus, sobre los muros de Edfú, o un cocodrilo en Epoca Romana. Estos son tan sólo algunos de los variados ejemplos que podemos encontrar.

El indicio más antiguo del dios lo hallamos en un peine de marfil Amratiense, del cementerio predinástico de El-Mahasna y en la tumba H-29 de Nagada, pudiendo ser la deidad principal de este período. En las cerámicas blancas de líneas cruzadas de la clase C y en los sellos reales de Abidos también aparece la figura del dios, cuyo culto más tarde se traslada al Delta Oriental.

Pese a todas las connotaciones negativas Seth también es poseedor de un aspecto positivo, palpable en el hecho de que en los márgenes del Nilo se erigieron templos en su honor, varios reyes hicieron incluir su nombre en el suyo propio (Sethy) o sustituyen al dios Horus en su protocolo para introducir

a Seth (Peribsen), que gozó de culto dinástico, además de aparecer en la titulación de algunas de las reinas que llevan el epíteto de “Aquella que ve a Horus y Seth”. Finalmente, es considerado dios de la guerra y patrono de los frutos y recolecciones obtenidas.

De este modo vamos a analizar algunas de las ocasiones donde Seth desempeña un papel benefactor:

- a) En los primeros Serej que conocemos aparecen las figuras de dos dioses Horus como muestra de dualidad, mientras que Jasejemui incluye a Seth en su protocolo sustituyendo a uno de estos dos dioses halcones. Así lleva el título de “Los Dos Poderes están Pacificados” (Horus y Seth).
- b) Bajo el reinado de Peribsen se introduce a este dios en el protocolo real relegando a Horus.
- c) En los “Textos de las Pirámides” se encuentra igualmente este aspecto benéfico de la divinidad. En §204 aparece mencionado como “Señor del Alto Egipto”, situándolo por encima del resto de los dioses locales del Sur.
- d) Es considerado el protector de los cinco nombres del rey.
- e) Es un dios venerado por los reyes Hiksos y con las dinastías ramésidas adquiere una importancia capital en el culto real. Ramsés II es calificado como “Hijo de Seth” en una estela de Abu Simbel referente a uno de sus matrimonios.
- f) Por otro lado conviene recordar que el cetro Uas que portan los dioses pudiera ser la representación del dios.
- g) Con el mismo propósito aparece en las ceremonias de coronación, defendiendo a Ra en su barca o representado junto a Horus en el Sema-Tau, símbolo empleado para representar iconográficamente la consolidación de la unión del Sur y el Norte de Egipto mediante la acción de atar las dos plantas simbólicas: el papiro y el loto.

Es patente por tanto que este dios contradictorio, posee dos aspectos muy diferenciados y totalmente dissociables: el positivo junto al eminentemente negativo, que ya mencionábamos al principio de este apartado.

Finalmente, Neftis (ver imagen) es la última divinidad que nos queda por tratar de esta última generación de dioses. Su nombre significa “Señora de la Casa”, jeroglífico que lleva sobre su cabeza. Muy posiblemente Neftis es la

clónica de su hermana con la que en ocasiones forma tríada acompañadas por Osiris. No obstante, puede decirse que es una agrupación artificial de los sacerdotes heliopolitanos. Usualmente la encontramos bajo el aspecto de una mujer o de un milano.

Aunque unida a Seth, originariamente debió de ser una divinidad completamente independiente relacionada de algún modo con el fallecido, como se desprende del hecho de que a la momia se la denomine “El Mechón de Neftis”. Seth es el dios de la esterilidad enemigo de Osiris, mientras que su esposa Neftis comparte funciones con Isis: la ayuda en la resurrección de Osiris, participa de la tristeza de la diosa y en los textos más tardíos se la menciona como la madre de Anubis, (asimilado a Horus) nacido de las relaciones que esta divinidad tiene con el dios Osiris en un acto que se califica de “confusión”. El papiro mágico Harris II, 7, sq., atribuye también esta maternidad a la diosa, pero un hecho curioso se desprende de que el rol de padre es compartido en algunas ocasiones por los dioses Seth y Osiris, aunque sea el último el que aparece más frecuentemente mencionado.

De cualquier modo, en algunos pasajes de los “Textos de las Pirámides” (§ 1273) parece que los teólogos quisieron subrayar el hecho de que la unión de Seth con Neftis no es veraz. De este modo encontramos como es mencionada “viniendo con su perverso” (Seth) y denominándola “Imitación de Mujer que no tiene Vagina”.



14.- PEQUEÑA ENÉADA DE HELIÓPOLIS

Hemos estudiado cómo la aparición de **HORUS** (ver imagen) en la teología heliopolitana es un tanto particular. La presencia de dos dioses con el mismo nombre y distinto título: Horus el Joven y Horus el Viejo, aun no

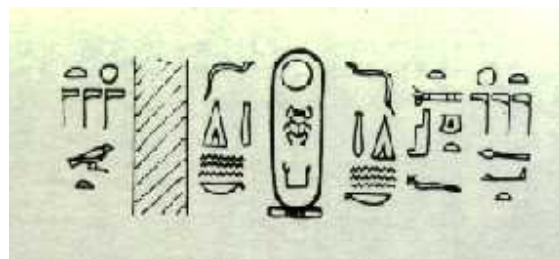


siendo sencilla, creo que ha quedado suficientemente clara en el apartado en el que nos referíamos a él. Recordemos tan solo, que ambos dioses son dos aspectos distintos de la misma divinidad. Su inclusión en la Gran Enéada como hijo póstumo de Osiris es una de las bases para crear un nexo de unión entre esta agrupación y la **PEQUEÑA ENEADA DE HELIOPOLIS**, (Pir. §178).

Mucho más elástica e inestable, estaba formada según los textos por: Thot, Anubis, Maat, Heket, etc., todos ellos deidades menores bajo la dirección de Horus.

La variabilidad de los protagonistas de esta totalidad divina queda clara simplemente remitiéndonos, una vez más a los textos, donde tomando como muestra al dios Thot encontramos que: en Pir. §175, aparece como hermano de Osiris y por lo tanto miembro de la Gran Enéada, en Sarcófagos 335 sustituye a Geb y en otros pasajes se manifiesta, bien intercediendo a favor de Nut y Geb, sustituyendo a Horus o como miembro de la Pequeña Enéada heliopolitana, una movilidad que nuestras mentes cartesianas no llegan a encajar fácilmente.

La Pequeña Enéada heliopolitana da la sensación de haber sido elaborada de forma artificial y forzada. Constatada en los “Textos de las Pirámides” no destaca de forma primordial y casi continuamente, los dioses que la componen se intercambian, variando el número de divinidades según la época que tratemos. No obstante, la arqueología nos ha hecho llegar numerosas muestras donde la Pequeña Enéada aparece explícita o implícitamente representada. De este modo, y tomando como ejemplo una de las estatuas monolíticas del rey Senusert I, encontramos que en el lateral del trono aparecen ambas Enéadas, la



pequeña y la grande (ver imagen), identificadas con dos genios de fertilidad que mediante la fórmula del Sema-Tauui, atan las dos plantas simbólicas del Alto y Bajo Egipto como Horus y Seth en otros grupos escultóricos del mismo rey (ver imagen abajo). Este símbolo, tan frecuente en la iconografía, puede ser identificado como unidad para subrayar ese aspecto de orden y unión que el egipcio consideraba necesario para el buen transcurrir de los tiempos.

Debido a la gran inestabilidad de su composición, los datos que poseemos respecto a su creación y simbología son muy escasos. Sin embargo, el conjunto da la sensación de ser simplemente una justificación religiosa para agrupar aquellos dioses locales que no tuvieron un lugar para su legitimación, bien debido a un creciente y puntual poder de determinada deidad o bien dependiendo de la divinidad preeminente a la que convenga resaltar.

Como hemos visto el término Enéada encierra en sí ya no sólo a los componentes del drama heliopolitano sino que agrupa todo un apasionante mundo de misterios y claves, difíciles de desentrañar, de los cuáles con toda certeza, el habitante del antiguo Egipto era ignorante. Este simbolismo queda patente incluso en frases tan sorprendentes como: “Los Labios de Pepi son las dos Enéadas” (Pir §1100), donde la metáfora subraya la legitimación del rey en la agrupación mitológica.



Figura 14-3. Horus y Seth. Trono de Senusert

....“¿PERO QUÉ VA A SER DE MI DURACIÓN DE VIDA (ETERNA)?”.

CONTESTÓ EL OSIRIS N. “ESTÁS DESTINADO A (VIVIR) MILLONES DE AÑOS, (A TENER) UNA DURACIÓN DE VIDA (ETERNA) DE MILLONES DE AÑOS. PERO YO (ATUM), DESTRUIRÉ TODO LO QUE HE CREADO. ESTE MUNDO REGRESARÁ A LAS AGUAS PRIMIGENIAS, AL AIRE PRIMIGENIO COMO ESTABA EN SU PRINCIPIO. YO SERÉ EL ÚNICO QUE QUEDARÉ JUNTO A ÓSIRIS DESPUÉS DE HABERME CONVERTIDO NUEVAMENTE EN UNA SERPIENTE QUE LOS HOMBRES NO CONOCEN Y LOS DIOS NO VEN”.

LIBRO DE LOS MUERTOS, CAPÍTULO 175.